

## EL ÚLTIMO LIBRO DE MONTALVO

**Plutarco Naranjo**

**MIEMBRO NUMERARIO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA**

Si voy a referirme al último libro de Montalvo, por ser uno de los menos conocidos, bueno será, para los lectores actuales que poco o nada han leído del más grande escritor ecuatoriano, comenzar por el principio.

Juan, en 1846, a la edad de 16 años ingresa en Quito, al más importante colegio secundario, el de San Fernando. Terminados, sus estudios de latinidad pasa el Seminario de San Luis, donde se gradúa de Maestro de Filosofía y luego siguiendo el ejemplo y apoyo de sus hermanas mayores ingresa a la universidad Central a seguir la carrera de las leyes.

Corre el año 1853 y el gobierno de Urbina, empeñado en introducir variadas reformas, decreta el de “estudios libres”. Para el joven Montalvo fue la “salvación”. Regresó a Ambato cargado no de leyes y códigos, cuando de libros de literatura que tanto le atraían. Más tarde escribiría: “En ese tiempo, simple estudiante de Filosofía, habían pasado ya por mis horcas caudinas los Paralelos de los Varones Ilustres, de Plutarco; las “Décadas” de Tito Livio, los “Doce Césares”, de Suetonio, de la “Vida de Alejandro” por Arrián, la de Marco Tulio Cicerón, por Middleton y muchos otros por el estilo”.

Terminado el gobierno de Urbina, asume el poder el nuevo Presidente, el General Robles, quien nombra a su antecesor, a Urbina, como Ministro Plenipotenciario ante del gobierno de Italia. Éste, a su vez nombra al menor de los Montalvo, a Juan, como su Adjunto Civil. Urbina conoce bien a Juan como un joven capaz, muy inteligente y sobre todo de una memoria excepcional.

Al fin, en junio de 1857, y cuando contaba con 25 años de edad, llega para Juan Montalvo el día tan soñado y esperado el de viajar a Europa, conocer el Viejo Continente! Qué joven no sueña con las aventuras de un viaje, sobre todo en una época, cuando un viaje a Europa era un rarísimo privilegio.

Urbina, mientras tanto por razones políticas, posterga sucesivamente su viaje hasta que termina por renunciar. Montalvo, en cambio es designado Secretario de la Legación en

Francia. Tal circunstancia ofrece a Juan la oportunidad de viajar de París a Roma y de ésta a Suiza y Alemania.

En esa época escribir cartas de viaje era una costumbre algo frecuente. Juan se inicia en la práctica epistolar con cartas dirigidas a su hermano, el Dr. Francisco Javier, quien era co-director del periódico quiteño “Democracia”. Cada carta resulta una pequeña pieza literaria. Por iniciativa de su hermano, se publican en “Democracia” y así, sin voluntad expresa, Juan se inicia en el periodismo.

Tres años de permanencia en Europa contribuyen eficazmente a modelar y a madurar la mentalidad de Montalvo; dan profundidad a sus conocimientos, horizontes inconmensurables a su inteligencia, mayor altivez a su rebeldía, lustre y finura a su expresión.

En gesto de desprendimiento, al recibir noticias sobre la grave situación del gobierno del General Robles, agravada por la crisis fiscal, solicita que le reduzcan su sueldo a la mitad y poco tiempo más tarde, renuncia al cargo de Secretario. Regresa al Ecuador, a su terruño. El país se encuentra en un caótico y aporreado periodo histórico que culmina en el nuevo ascenso al poder por parte de García Moreno, en 1861.

Después de los años vividos en Europa, en particular en Francia, donde impera la justicia, la libertad y se vive el progreso, Montalvo, al constatar lo que sucede en el país no puede contener su rebeldía juvenil y dirige su celebre carta a García Moreno en la que le intimida: “Compórtese como ciudadano y buen magistrado...de lo contrario tendrá en él un enemigo, y no vulgar”. Continúa: “Señor: No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo la que ahora se hace oír, ni la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre, apenas conocido, no tiene ningún peso, y no debo esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de lo que voy a decirle. El azote pasó. Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos generosamente perdonados. Pero ahora hay que pensar en cosas más serias tal vez, más serias sin duda. La Patria necesita de rehabilitación, y Ud. señor García, la necesita también”.



“Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de...suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad.

“No he pretendido dar lecciones a Ud., señor no; todo ha sido interceder por la patria común, celo y deseo de ver su suerte mejorada”.

El 30 de septiembre de 1865, García Moreno, entrega el poder a Jerónimo Carrión, ciudadano de temperamento suave y parsimonioso, quien fuera escogido, por el propio García Moreno, para ejercer la presidencia de la República. Concluye así, un período de violencia y de oprobio. El país, como si se librara de una dura cadena, como si despertara de un profundo letargo, se incorpora y se sacude.

### **Aparece el Cosmopolita**

El 3 de enero de 1866, en Quito, aparece una sorpresiva publicación. Se titula “El Cosmopolita”. Consiste en un opúsculo de 42 páginas. Su autor: Juan Montalvo. El largo “Prospecto”, se inicia con el siguiente párrafo:

“Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remarte a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresados y oídos por ciudadanos. La tiranía también se acaba, si, la tiranía también tiene su término, y a veces suele ser el más corto de todos”.

Más adelante se refiere a lo ocurrido en los 4 años de gobierno de García Moreno, durante los cuales no hubo imprenta que se atreviera a publicar nada contra el terrible mandatario. Luego Montalvo define su posición personal. Dice: “García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar con su ira? La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de su mano o matarle en propia y natural defensa, había de ir inconsiderablemente a echarle el agraz en el ojo”.

Más adelante se refiere a los propósitos que animarán a la que aspira se convierta en una humilde enciclopedia. Dice: “De Cosmopolita hemos bautizado a este periódico y procuraremos ser ciudadanos del Universo...Trataremos de todo con respeto y dignidad y solo cuando estemos muy al cabo de lo que acometemos”. Se propone tratar temas de historia, de filosofía, de literatura, sin olvidar los de la política.

La publicación de esta primera parte de El Cosmopolita desencadenó una violenta respuesta de los escritores y periodistas del sector católico (futuro partido conservador). Le criticaron de todo, se burlaron de la valentía y audacia de Montalvo y le tacharon por no conocer ni las reglas de la gramática. Tan dura fue la campaña que Pedro Fermín Cevallos, coterráneo y amigo de la familia Montalvo, con muy escasa visión de pitonisa, escribió: “¡ Pobre Montalvo! Se hundió para siempre, está enterrado. Y lástima porque parecía bastante hábil el jovencito”.

La guerra iniciada por los católicos y conservadores contra Montalvo desviaron en buena medida, los propósitos de El Cosmopolita, aquellos de convertirse en una pequeña enciclopedia. Tuvo que, en fuerza de las circunstancias, convertirse en la eficaz y terrible arma de la lucha política.

El 15 de enero de 1869, aparece el último número de “El Cosmopolita”. Último, no por voluntad de Montalvo sino por los nefastos acontecimientos políticos que se suceden. El 16 de enero, antes de que el libro IX de “El Cosmopolita” llegue a manos de los soldados, García Moreno, convence al destacamento de Quito, traicionar su juramento de lealtad a la Constitución y las leyes, derrocar al presidente Espinosa y proclamarle Jefe Supremo.

Producido el cuartelazo; proclamado García Moreno, Jefe absoluto de la nación, ese mismo día, muchos dirigentes liberales fueron encarcelados. Los más ágiles lograron esconderse y luego huir del país. Montalvo alcanzó a asilarse en la Legación de Colombia y luego decidió expatriarse, rumbo a Ipiales.

El pequeño pueblito de Ipiales le ofrece la paz y tranquilidad, propicia a la meditación, estudio y producción literaria. Allí prepara varios ensayos de mayor extensión que los llamará “tratados” en los cuales con mayor profundidad y elegancia se refiere a aspectos



históricos, filosóficos, culturales. El estilo es semejante al Cosmopolita, pero más pulido aunque recurrirá con frecuencia a los hechos históricos, a las normas morales y otros temas.

### **Las Catilinarias**

Saltando etapas, hacia finales de 1879. Montalvo se ve forzado a iniciar la más dura lucha contra un nuevo personaje que trata de usurpar al gobierno,.

Resuelto a impedir que el país sea víctima de una nueva y peor tiranía, escribe: “De Clodonio tengo las virtudes, de Catilina, las santas intenciones” y se lanza contra Veintemilla. Sentía por él un profundo desprecio. En Panamá, París y otros lugares había tenido la oportunidad de conocer de cerca a este militar. Montalvo a quien los años y las vicisitudes volvíanle cada día más asceta y moralista, el carácter vulgar de Veintemilla, su espíritu audaz y su vida licenciosa le parecieron repugnantes, cuanto indeseable su personalidad tan poco cultivada e innobles sus grandes y pequeñas fechorías.

Y ese personaje audaz y aventurero, por esos increíbles caprichos de la política, había usurpado, mañosamente, el poder. Se había adueñado de una naciente revolución liberal, para aprovecharse de ella, para usufructuarla a su gusto.

Cuánta ira debió sentir Montalvo, el defensor de la libertad, del derecho y la justicia, ante las absurdas actitudes del petulante mandatario: “¡Hacerse saludar en la calle aunque sea a bastonazos! ¡Vejar y escarnecer a los ministros de la Corte Suprema, por el “delito” de no concurrir a la tosca representación de una ridícula comedia, en la cual “una soez ramera hace de primera dama”!

“La ineptitud, dice en la segunda Catilinaria, hubiera quizá tolerado yo en ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡No!!.

Así surgieron “Las Catilinarias” en las que Montalvo ensaya, con éxito un nuevo estilo literario.

“Es difícil encontrar, comenta Benjamín Carrión., en cualquier literatura, un logro tan cabal del impropio; un poder de látigo restallante tan fuerte; una eficacia moral de bofetada como los conseguidos por don Juan Montalvo en Las Catilinarias. Pero es más difícil

también que esos insultos estén revestidos de mayor nobleza, de más castiza corrección literaria, de mayor señorío mental. El secreto montalvino está en su capacidad de unir la ira y el desdén”.

“Ira y desprecio se plasmaron en las volcánicas “Catilinarias”, en anatemas imborrables, en insultos “olímpicos”.

“Cogí **Las Catilinarias** de Montalvo, dice Unamuno, pasé por alto lo excesivamente literario del título ciceroniano, ya que el término se ha hecho vulgar desprendiéndose de su etimología, y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”.

La diatriba de Montalvo, que ha dado tela para tantos comentarios, en todos los tonos y matices posibles, ha sido demoledora y temible. Montalvo tenía plena conciencia del poder destructivo de su tremenda y elocuente invectiva.

Pero no era su conducta manifestar la ira ciegamente. Siempre trató de ser justo y no acusar de delitos no cometidos por sus adversarios. No era su temperamento ni se compadecía con sus rígidos principios éticos el destrozar honras, el manchar reputaciones bien habidas. Al pícaro sí, al canalla y al inicuo, a ese le descargaba todo el veneno de su reivindicadora ira.

Hacia el final de Las Catilinarias y excitando el coraje y honestidad de los jóvenes expresó: “El pueblo necesita siempre un hombre en quien fincar sus esperanzas: cuando no lo tiene, estalla una quimera, dispone un simulacro, y adora al dios que le hace falta. Pueden los viejos ser recuerdos; esperanzas, no las busquéis sino en los jóvenes; las canas, y eso canas ilustres, son cuando más estímulo de la sangre nueva: en volcanes apagados no pueden los operarios forjar las armas de la patria: el fuego del Etna habemos menester para sacar espadas de buen temple.

### **Aparece el Espectador**

Para 1886, año de aparición de El Espectador, Montalvo es hombre maduro. Sobre todo después de la publicación de sus SIETE TRATADOS, es ya autor consagrado. Ha merecido



muchos elogios pero ha aprendido también de la crítica acerba, no siempre bien intencionada. Además, los cinco años de su nueva permanencia en París, el contacto diario a través de periódicos, revistas y libros, con los autores europeos, en especial franceses e ingleses, le han enseñado nuevos secretos sobre el arte de escribir para el gran público.

En “El Espectador” habla un nuevo Montalvo, liberado del exceso de casticismo y arcaísmo, liberado también de tantas citas históricas. En El Espectador habla el escritor agudo y ágil al tiempo que capaz de llegar al fondo mismo de los acontecimientos. Es un espectador que no se contenta con mirar las cosas inmediatas, sabe bucear en la profundidad de las causas.

El lema de Montalvo, desde su primer artículo en El Cosmopolita, fue el de “enseñar deleitando”, que ahora, alejado de la patria nativa, sin el compromiso perentorio de combatir a tiranos y déspotas, puede poner en práctica muy libremente. Enseñar no es describir de modo simplista el ropaje de los acontecimientos; es discernir hondo sobre las causas ocultas, es proyectar las consecuencias, es deducir las necesarias lecciones en favor de la libertad, de los derechos del hombre, del bienestar y del progreso de los pueblos.

El Espectador, escrito en estilo claro y elegantemente sencillo, está dirigido a los europeos para ilustrarlos sobre los problemas hispanoamericanos y a los americanos, para familiarizarlos con los problemas del Viejo Mundo. Es obra para todos y pese a que, en apariencia, trata temas circunstanciales, tanto por la forma cuanto por el fondo, aborda problemas de gran trascendencia.

En el primer volumen desfilan hermosos ensayos sobre temas muy variados. Según puede esperarse, no faltan los de carácter político o ideológico, como “El Polemista” en el que se refiere al Obispo de París, Luis Veuillot, el terrible devorador de liberales. París, en esa época, era uno de los centros intelectuales más importantes del orbe. Montalvo lo llama “cerebro del mundo” La vida intelectual no estaba restringida a la literatura, se proyectaba y en forma muy amplia, hacia la ciencia, la técnica y los descubrimientos. Esa influencia se encuentra en varios ensayos como: “La lluvia de estrellas del 27 de Noviembre”, “Flamarión” y “El coto”.

Francia respiraba aires de pródiga libertad pero ésta no era una entelequia ni la democracia perfecta. Montalvo encuentra errores y fallas que los analiza en su ensayo “Vicios del procedimiento judicial en Francia”. El primer volumen contiene también una bella muestra de la influencia del romanticismo en el autor ecuatoriano; se trata del cuento “El pintor del Duque de Alba”.

El 15 de junio de 1887 aparece el segundo volumen. El estilo, la forma, la variedad de temas como en el primero, pero el contenido es más medular, más trascendental.

Dos temas atraen de modo preferente, la preocupación del autor. El uno, se relaciona con el sistema republicano y el ejercicio de la democracia. Cómo es y cómo se practica en Europa y aun en Asia, en contraste con los abusos y desafueros que, en nombre de la república, se cometen en la América hispánica. El otro, se refiere a los problemas sociales de Francia. Montalvo ya no es el liberal romántico de sus primeros escritos, que siguiendo a Rousseau y otros revolucionarios franceses, lucha por las libertades fundamentales. Ahora vive una nueva realidad que en América Latina aún no se podía dar. Francia ofrece el patético contraste de amplias libertades pero de grandes desigualdades económicas y agudos problemas sociales: desocupación, mendicidad, miseria.

En *El Espectador* ya no habla, entonces, el liberal del siglo XVIII, para pueblos que recién han conquistado la emancipación de España, pero que siguen bajo igual o peor opresión que antes. Habla el liberal de las postrimerías del siglo XIX, que no cierra los ojos ante los problemas sociales y habla para lectores franceses y europeos. Se pronuncia decidido a favor de lo que hoy se ha dado en llamar justicia social. Aboga por lo que denomina “equilibrio social”. Dice: “Ah, una cosa falta para que el equilibrio de las clases sociales sea perfecto y el pueblo no tenga qué decir; cosa sin la cual ni la tranquilidad será constante, ni la paz segura, porque no puede haber paz ni tranquilidad donde la desproporción de bienes de fortuna es tan notable, tan escandalosa que, mientras el capitalista levanta palacios y come como el rey de Persia, el trabajador, el operario con doce horas de fatiga y todo el sudor de su frente, no alcanza a mantener a su mujer y sus dos hijos”.

También en este volumen Montalvo sigue su aproximación hacia las ciencias, en ensayos como: “La flor de las ciencias” en el que discierne sobre lo finito.



Tal fue el éxito de circulación de los dos primeros volúmenes que los editores y Montalvo, convinieron en acortar los plazos entre las futuras publicaciones. En efecto el 15 de marzo de 1888, con tres meses de anticipación a lo previsto, aparece el tercer libro. El pensamiento esencial sigue en torno a los problemas sociales, como en el ensayo: “La caridad en París”. También aborda algunos temas lingüísticos e idiomáticos.

Un tema circunstancial, tratado bajo el epígrafe: “Impresiones de un diplomático”, ha dado motivo para que, quienes no han leído todo el ensayo y conocen a Montalvo sólo por referencia, formulen críticas deslayadas, como las del señor Llorente.

“Don Manuel Llorente Vásquez, Ministro y representante diplomático del rey de España, sin el menor tino ni recato, escribió una sarta de ofensas contra las naciones sudamericanas. Por ejemplo, de nuestro país dijo: “El Ecuador se llama república, porque se llama república; pero en realidad es un millón de indios para quienes basta un alcalde”. Como se ve, por el señor Llorente habla el chapetón fatuo y prepotente, para quien los indios no merecen el menor respeto ni consideración y por ende, para una nación de indios, basta un alcalde.

Para qué recordar que Montalvo es un temible y tajante polemista. Vapulea como se merece al “diplomático” español, pero no por eso olvida las condiciones infrahumanas en que es mantenido el indio en plena época republicana, se refiere a la forma bárbara con que hacendados, curas, autoridades y aún simple caporales tratan al indio

“No escribiría yo en conciencia, si me pusiese a sincerar a los hispano-americanos del modo como todavía tratan a los indios. Los indios son libertos de la ley, pero, ¿cómo lo he de negar? son esclavos del abuso y la costumbre. El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez. El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmundicias: el alcalde le coge, para mandarle con carta a veinte leguas: el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones: la criada del cura le coge, para que vaya por agua al río; y todo de balde sino es tal cual palo que le dan, para que se acuerde y vuelva por otra. Y el indio vuelve, porque ésta es su condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo: **Diu su lu pagui, amu, dice:** Dios se lo pague, amo, a tiempo que se está atacando el calzoncillo. ¡Inocente, infeliz criatura. Si mi pluma tuviese don de

lágrimas, yo escribiré un libro titulado **El Indio**, y haría llorar al mundo. No, nosotros no hemos hecho este ser humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y la suerte; los españoles nos lo dejaron hecho y derecho, como es y como será por los siglos de los siglos”.

La frase es un tanto hiperbólica de que “haría llevar al mundo” ha sido muy repetido y manoseada y a veces mal interpretada.

Presentimiento? Certeza de que algún día tiene que fatalmente ocurrir? Sea lo que fuere, en este tercer volumen expresa: “Quiera Dios que el último día de mi vida sea, si no el de un santo, por lo menos el de un filósofo”.

“El Espectador” inesperadamente acabó con la vida de Montalvo. En efecto, después de un largo y fatigoso día de trabajo, de corrección de pruebas de imprenta, en los propios talleres tipográficos, al tomar el camino de regreso a su residencia, fue sorprendido por una fría ventisca y la lluvia pertinaz. Al día siguiente yacía en cama sumido en fiebre e insoportable dolor torácico.

Varios meses de enfermedad, de atenciones médicas y otros cuidados, una dolorosa operación quirúrgica que el paciente decidió se la practique sin anestesia; un gélido amanecer del 17 de enero de 1889 y se apaga para siempre la vida de ese hombre pero cuya voz, cuyo eco seguirán resonando por todos los ámbitos de la cultura del mundo.



## FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

**Agramonte, R.:** La filosofía de Montalvo (3 Tomos) Edición Banco Central del Ecuador. Quito, 1992.

**Carrión, B.:** Nuestro Don Juan Montalvo. En: San Miguel de Unamuno. Pp. 103-132. Ed. Casa Cult. Ecuat. Quito, 1954.

**Montalvo, J.:** El Cosmopolita No. 1. Ofic. Tipog. D. Bermeo, Quito, 1886.

No. 2 Idem No. 3 1866. Idem. No. 3, 1867; idem No. 4, 1867. Idem No. 5, Idem. No. 6, Idem No. 7, Idem No 8 . 1868. Idem No. 9, 1869.

**Montalvo, J.:** Catilnarias . No. 1 Impta. James Boyd, Panamá, 1880. Idem. Las 10 siguientes Catilnarias, hasta 1881.

**Montalvo, J.:** Siete Tratados. Tomo 1 y 2. Impta. J.J. Jacquin, Besanzón (Francia (1882).

**Montalvo, J.:** El Espectador. Libros 1, 2 y 3. Editorial Garnier Hermanos, París, 1927.

**Naranjo, P.:** Montalvo: pensamiento fundamental. Corp. Edit. Nac. Quito, 2003.

**Naranjo, P.:** Los escritos de Montalvo. 2ª. Edición. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 2004.

**Unamuno, M.:** En: Prólogo de “Las Catilnarias”. Biblio. Grandes Autores AMER. Ed. Garnier Hnos. Paris, 1925.

**Valera, J.:** Carta-Prólogo de: Geometría Moral, pág. 35 Ed. Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902.

**Zaldumbide, G.:** Montalvo, Estudio de introducción de: Juan Montalvo, Biblioteca Ecuatoriana Mínima. Editorial J. Cajica. Puebla México, 1959.